

PRÓLOGO

DIEZ AÑOS ATRÁS

ABBEEY

Salía del colegio con la mochila colgada de un asa cuando un sonido conocido me hizo levantar la vista del suelo. Dejé de prestar atención a los cordones de mis zapatos nuevos y a la voz de mi amiga Ava, que una vez más me preguntaba sobre mi hermano Stephen.

¿Qué más le daba mi hermano? Solo era un adolescente que se dedicaba a jugar al baloncesto y beber refrescos hasta las tantas de la noche. Nada especial. Su vida giraba en torno a los deportes, sus amigos y los videojuegos. A veces me preguntaba cómo podía ser feliz con tan poco. Y cómo a Ava podía parecerle interesante.

Porque para ella lo era. A veces la pillaba mirándolo de reojo. Otras se sonrojaba y se apretaba las manos mientras mi hermano me daba la mitad de su bocadillo con cara de disgusto. Me amenazaba día sí y día también sobre el hecho de abandonar el desayuno en la mesa de la cocina. Sin embargo, él era demasiado bueno como para dejar a su hermana pequeña con el estómago vacío hasta la hora del comedor.

Y todo por dormir cinco minutos más, estar en ese mullido colchón que, según mi padre, era tan duro como una piedra y terminaría por darme problemas de espalda.

Así estaban las cosas en casa.

—¿Me estás escuchando, Abbey? —me preguntó Ava, que me sacudió el brazo con suavidad.

No, por supuesto que no.

Toda mi atención estaba puesta en Garret.

También conocido en mi fantasiosa imaginación como «Futuro Marido Garret».

Oh, esos ojos azules, ese pelo rubio desordenado, esa voz que ya tenía un deje masculino propio de la adolescencia... Quería casarme con él. Lo deseaba tanto que a veces lo dibujaba en mi cuaderno de matemáticas. Ponía corazones rosas con ángeles alrededor, que más bien parecían avispas, y niños. Muchos niños. Los que tendríamos en un futuro.

Luego me llevaba la bronca por parte de mi maestra y me obligaba a arrancar la hoja delante de toda la clase. Pero a mí me daba igual. De hecho, siempre hacía otro dibujo de Garret al día siguiente, y mucho más bonito.

Porque él era el hombre de mis sueños.

No me importaba que mi madre se riera de mis constantes ensoñaciones mientras le contaba con lujo de detalles cómo sería nuestra boda: un perrito blanco nos traería los anillos mientras Garret me esperaba al final de la iglesia, mirándome con adoración, como si fuera la única mujer en su vida, la que le quitaba el sueño y lo dejaba sin aliento. Luego tendríamos una casita en la playa donde nos despertaríamos con el arrullo de las olas, porque yo era así de caprichosa y quería escuchar el mar, y me preparararía el desayuno.

Lo deseaba con cada poro de mi ser.

Garret se acercaba hacia nosotras junto a mi hermano y Will, el otro mejor amigo de Stephen.

Will era muy guapo. De hecho, la mayoría de mis amigas se quedaban mirándolo y me preguntaban cada dos por tres si salía con alguien. ¿A quién le importaba? ¡Porque a mí no! Sí, podía ser que fuera más guapo que Garret, o que sus ojos oscuros no lucieran tan infantiles y superficiales, pero yo tenía toda mi atención en Garret.

Sería mío tarde o temprano.

Para mi decepción, Garret ni siquiera me dirigió ni una sola mirada o saludo cuando los tuvimos enfrente.

Este chaval no aprendía. Para él era mucho más interesante mirar el móvil y las largas piernas de las chicas de su clase. Esa era una de las cualidades que menos me gustaban de él: parecía ser tan simple como una pared en blanco.

Aunque me decía de vez en cuando que eso cambiaría con el paso de los años, que ganaría madurez y sería como Will.

—Eh, ¿adónde vas? —preguntó mi hermano, que alzaba una ceja en mi dirección.

Will esbozó una sonrisilla que hizo sonrojar a Ava.

Suspiré internamente.

—A casa —refunfuñé.

—Mentirosa. Mamá me ha dicho que te vas a casa de Ava u otra amiga sin avisarla. O a la colina detrás de casa, donde te acabas rompiendo los pantalones.

—Oh, la colina ... —Fue mi turno de ponerme roja como un tomate—. Ha sido una sola vez.

—Tres —me corrigió mi hermano.

—¿Qué más da? Hoy pensaba volver a casa directa —gruñí, apretando las asas de la mochila.

Era mentira. Pensaba irme a la colina y tirarme por ella mientras Ava y yo nos reíamos a carcajadas. Era una maravilla sentir la hierba contra el rostro mientras todo daba vueltas a nuestro alrededor. Era como perder el control de todo y dejarte llevar: no había deberes, ni tampoco la obligación de acostarse temprano..., solo diversión y vueltas. Muchas vueltas.

—Ve directa, ¿te enteras? Tengo partido de baloncesto y no quiero llegar tarde —me advirtió con severidad.

Pues por tan solo haberlo dicho, pensaba desviarme de mi trayectoria y quedarme una media hora más. Solo que no pensaba decírselo, por supuesto. Me negaba a encerrarme en casa mientras Garret jugaba al baloncesto con ellos dos y acaparaba la atención de las chicas del instituto.

Absolutamente no.

Yo tenía que estar allí.

La idea se fue formando poco a poco en mi mente hasta cobrar forma y sentido.

Supe que mi hermano se olía algo, ya que puso los ojos en blanco.

—Directa a casa.

—¿No podemos ir con vosotros? —pregunté, aunque a Will. Él, por algún motivo, nunca me negaba nada.

Will disfrutaba irritándome, tomándome el pelo mientras se reía a carcajadas y me tiraba con suavidad del pelo. Así era él. Sin embargo, lo quería. Me defendía de las burlas de otros niños. Siempre estaba allí para mí. No importaba cuál fuera la situación o la gravedad de esta. Will era como una sombra que se cernía sobre aquellos que se atrevían a meterse conmigo, ya fuera por los granos

que comenzaban a salirme o por los aparatos que llevaba para corregirme los dientes.

Sí, no estaba en el mejor momento de mi vida. Físicamente hablando, pero mi madre decía que era guapa, y yo me lo repetía a diario.

Volviendo al colegio, Stephen solo se metía si era estrictamente necesario y me veía llorar.

Will no. Will actuaba a la mínima.

—¡Ni en broma! —saltó mi hermano, que retrocedió un paso.

En ese momento, Garret miró su reloj y llamó la atención de mi hermano con un suave golpe en el hombro.

—Voy tirando para allá.

—De acuerdo —soltó Stephen.

Esa vez no pude contener un suspiro de queja.

Ja.

Había deseado que se quedara un poco más. Solo lo suficiente como para recrearme en lo guapo que era. Lo vi marcharse con paso seguro y sin mirar atrás ni una sola vez. A veces me cabreaba lo mucho que pasaba de mí. De hecho, más de una vez había estado presente cuando una niña de un curso superior, Kaia, se metía conmigo y me empujaba hasta golpearme contra la pared del pasillo.

A Garret le daba igual.

Pero yo pensaba ponerle solución a eso.

Lo malo era que aún no sabía cómo.

—Que se vengán —dijo Will, que habló por primera vez.

Ava y yo lo miramos con sorpresa y alegría.

—¿Qué? ¿Y eso por qué?

—De esa forma puedes asegurarte de que luego vuelva a casa contigo.

Mi hermano murmuró una palabrota por lo bajo, como si el hecho de que yo fuera unos diez años más pequeña me hiciera desconocedora de su significado. La gran mayoría de las palabras malsonantes que conocía las había aprendido en el colegio. Sobre todo por Nancy, una de mis compañeras de clase, que se jactaba de ser capaz de decir unas treinta palabrotas en treinta segundos sin respirar. ¿Era posible? Yo lo dudaba.

Tras un momento de deliberación, mi hermano asintió.

—De acuerdo. Vamos.

Di un salto en modo de victoria y comencé a andar. Mi hermano iba el primero, encorvado. Soltaba una retahíla acerca de la mala idea de Will y de lo poco que molaba tener una hermana pequeña tan latosa como yo.

Ava, poco a poco, se fue colocando al lado de Stephen.

Yo alcé una ceja. ¿Qué tramaba esta loca?

—Deja en paz a tu amiga. Para ella es un momento clave.

Miré a Will, que andaba a mi lado. Hube de alzar la cabeza, y tuve un buen perfil de su mandíbula y sus labios.

Sí, debía admitirlo. Era bastante guapo.

—Tiene once años.

—Como tú.

—Es muy joven para ir detrás de él —dije por lo bajo, como la buena amiga que era, preocupada de que se fijara en un chico tan simple como Stephen.

—Tú haces lo mismo con Garret, ¿no?

Giré la cabeza con brusquedad y lo fulminé con la mirada.

—Eso no es verdad.

—Lo es —rebatí con sorna—. Solo hay que verte. ¿Qué te gusta tanto de Garret para que pases por alto que para él no existes?

Sus palabras, que no eran nuevas para mí, me hirieron.

—Ya se dará cuenta —fue todo lo que dije.

—Eso es lo que te crees tú.

No quise siquiera darle voz ni forma al pensamiento que se formó en mi mente y que le daba toda la razón a Will. Algo dentro de mí sabía que Garret nunca se fijaría en mí, que él siempre sería ese planeta que yo querría pisar y hacer de él mi hogar. Sin embargo, para él yo no era más que una de esas muchas estrellas que deseaban recibir su atención.

Will, al percibir mi incomodidad, se aclaró la garganta.

—Este fin de semana me voy con mi padre a Nueva York.

Agradecí el cambio de conversación, ya que me olvidé por completo de Garret.

—¿En serio? ¿Y eso por qué?

—Quiere que haga mis estudios universitarios allí.

A juzgar por su voz, aquello no le hacía ni pizca de gracia. Parecía reacio a la idea de abandonar Helena, Montana, y dejarlo todo atrás. Pensé que si yo tuviese la oportunidad en el futuro de irme a Nueva York, lo haría con los ojos cerrados.

—Parece que no estás muy contento con la idea.

—Mi vida está aquí. —Hizo una pausa antes de continuar. El hecho de verlo por primera vez asustado y vulnerable hizo que estirara la mano y entrelazara mis dedos con los de él. Will me dedicó una sonrisa triste—. No quiero marcharme.

—Pero nosotros iríamos a verte. Stephen, Garret, mis padres, yo... Haríamos que tuvieses un pedacito de Helena cerca de ti.

Will murmuró algo por lo bajo y apretó sus dedos contra los míos. Volvió a mostrar esa fortaleza tan característica de él que iluminaba a todo el que pasaba por su lado.

Así era como me gustaba verlo.

—Eres tan especial que no te das cuenta de ello, Abbey. Eres demasiado especial para alguien tan corriente como Garret. Y espero que te des cuenta de ello un día.

Fruncí el ceño y quise protestar, pero no me lo permitió.

Deshizo el apretón de nuestras manos y me alborotó el pelo.

—Espero que en el partido me animes a mí, ¿eh?

—Eso dalo por hecho —dije sin dudas. Nunca le fallaría. Nos cuidábamos mutuamente. Éramos como el sol y la noche. Nos complementábamos. Nos apoyábamos. Quizá yo no lo hiciera tanto como él conmigo, pero lo intentaba. Al menos todo lo que me permitía mi ser.

Nuestras miradas se encontraron y ambos sonreímos.

1

ABBEY

Odiaba los deportes.

Con toda mi alma. Y no era que yo fuera precisamente torpe, pero aborrecía con cada poro de mi ser sudar, esforzarme y notar cómo mis pulmones me amenazaban con dejarme sin respirar. Era como ser testigo del colapso y no poder hacer nada por evitarlo.

Mi hermano, Stephen, de hecho, solía reírse de mí y de mis constantes expresiones faciales cuando iba a correr con él. Yo le respondía enseñándole el dedo o tirándole el objeto más cercano que tuviese, que podía ser una botella, una piedra o cualquier cosa que encontrara por la calle.

Recordar que al día siguiente iba a ir a correr con él provocó que me estremeciera, porque, además, que yo me animase a acompañarlo ocurría como mucho dos veces al año, en navidad, cuando todos nos reuníamos.

Y aquellas navidades no iban a ser diferentes.

Y, sin embargo, allí estaba yo.

Abbey Winters, dispuesta a jugarme el cuello por una chorrada.

En una clase magistral de judo, con el corazón aporreándome el pecho y un sudor frío recorriéndome la espalda. ¿Quién demonios me había metido en aquel lío? Yo. Solamente yo. Porque así era desde pequeña: impulsiva, alocada y con la horrible tendencia a actuar antes de pensar. Y, una vez más, pagaría cara aquella osadía que había heredado de mi tía.

Pero todo tenía una razón. Por muy impulsiva que fuera, si yo decidía llevar algo a cabo era porque había una razón de peso detrás de mis tejemanejes. Aun así, en ningún momento había pensado en la

posibilidad de que mi compañera en aquella clase tuviera una estatura cercana al metro ochenta, brazos rollizos y una cara de no haber pegado ojo en toda la noche.

Me va a hacer papilla, pensé antes de desviar la mirada hasta la razón que me había conducido a apuntarme allí.

Garret Davis.

Un suspiro escapó de mis temblorosos labios.

Mi compañera entornó los ojos.

Me daba igual lo que pensara. No iba a ser ella la que acabara por los aires mientras su *crush* de toda la vida la veía comportarse como una idiota.

Necesitas más amor propio, Abbey, me dije a mí misma sin mucha convicción.

Garret Davis era... perfecto. Tanto que justificaba todas las chorradas que hacía por él. Sus ojos azules eran del color del hielo, magnéticos y hechizantes. Estaban rodeados por unas pestañas claras que se oscurecían en las puntas. Luego estaba su nariz, recta y simétrica, o su carnosa boca, que utilizaba con mucha frecuencia para sonreír y dejarme sin aliento.

Porque así era él, irresistiblemente sexy.

Mandíbula perfilada, un incipiente vello rubio oscuro que descarnaba la poca dulzura que pudiese desprender y un cuerpo digno de un jugador de fútbol americano. Alto y con hombros lo suficientemente anchos como para que yo pudiese clavar mis uñas en él y apretarme a su cuerpo. Porque, sí, me lo había imaginado desnudo una infinidad de veces, y pensaba seguir imaginádomelo. Apostaba lo que fuera a que tenía algún tatuaje escondido en algún recóndito lugar.

Garret se pasó una mano por el pelo rubio y mostró sus dientes blancos y perfectos en una arrebatadora sonrisa.

Sin embargo, lo que no me gustó tanto fue que la causante de aquella sonrisa fuese una pequeña pelirroja de grandes pechos que parecía saber lo mismo que yo de judo; es decir, nada.

—Eres penosa —soltó mi compañera de judo con mala cara.

La fulminé con la mirada.

—Métete en tus asuntos.

No la conocía de nada, pero yo debía de haber sido lo suficiente descarada como para que ella se percatara de que estaba allí por un tío.

Y qué tío...

Garret se alejó de la pelirroja, que se había emparejado en el ejercicio con Will, uno de los mejores amigos de mi hermano, Stephen. Más alto que Garret aunque menos musculoso, captaba la atención de todas las mujeres que se encontraban allí. Para ellas era como presenciar una guerra de titanes entre aquellos dos increíbles hombres.

Sin embargo, para mí solo existía él.

Garret.

Miré a Will con curiosidad. Él sonreía con autosuficiencia, con total seguridad, conocedor de mis pensamientos y de lo que tramaba con tal de acercarme a Garret. Me guiñó un ojo de aquella forma que tenía desde el instituto y que había conseguido ayudarlo a conquistar el corazón de tantas y tantas chicas.

Garret se paró en otra pareja para explicar cómo derribar al compañero.

Will musitó:

—No seas tan descarada.

—Que te jodan —musité yo antes de desviar la mirada hasta Garret, aunque pude apreciar la sonrisa de su atractivo rostro antes de que sacudiera la cabeza.

—¡Vamos! —ordenó Garret con esa voz sensual que se metía en mis oídos y hacía que se me erizara el vello de la nuca—. Intentadlo vosotros, teniendo siempre mucho cuidado con vuestro compañero para que caiga en la colchoneta.

Cogí una enorme bocanada de aire mientras mi «amistosa» compañera me agarraba de la camiseta de tirantes que me había puesto para la ocasión. Nos habían recomendado llevar ropa vieja, ya que los agarrones y tirones eran muy comunes en judo. Yo había optado por una camiseta de color negro de mi hermano, Stephen. Él desconocía que se la había quitado en un arrebato por no querer estropear ninguna de las prendas que me había traído a casa de mis padres.

Solo esperaba que la camiseta no saliera muy mal parada para lavarla y depositarla donde había estado antes de que regresase de hacer unas compras de última hora. Se acercaba el 2 de julio. El aniversario de mis padres. Después de años y años sin animarme a dar el paso, había llegado a la conclusión de que mi actitud de permanecer a la sombra como una fan enloquecida no me beneficiaba en absoluto. Pensaba

actuar y ganarme el corazón de Garret, aunque para ello tuviese que asistir a aquel horrible deporte y dejarme tirar por los aires por una desconocida.

Lo que hago por ti, Garret...

Oh, Dios, me estaba mirando.

En ese preciso momento.

Sus ojos color hielo se clavaron en mí, y una enorme sonrisa surcó mi rostro. El rubor se fue extendiendo desde mi cuello hacia arriba. ¿Estaba guapa con aquella horrible camiseta? ¿Se notaba mucho que aquel día me había levantado con un tic en el pómulo derecho? Sentí que todo daba vueltas a mi alrededor y que perdía el equilibrio. Era como ser arrollada por una ola que me arrastraba hasta lo más alto para luego caer sobre el suelo con rudeza.

Demasiado tarde me di cuenta de que aquella sensación no era debido a que Garret tuviese su atención puesta sobre mí. Tampoco a que su rostro se volviese blanco y corriese hacia donde me encontraba sin parar de gritar órdenes...

¿Qué demonios estaba pasando?

Miré hacia abajo y vi que mi compañera me había alzado por encima de su cabeza antes de tirarme al suelo sin la menor contemplación. Mi boca se abrió para soltar un alarido de terror. Había mucha distancia entre mi cuerpo y el suelo, y sabía que aquella caída iba a doler.

Will también venía corriendo hacia mí, incluso acudió antes que Garret, aunque no lo suficiente como para evitar que cayera fuera de la colchoneta. En cuanto mi cuerpo dio contra la dura superficie, sentí un alarmante dolor en los glúteos, en los brazos y en las piernas.

Tirada como una muñeca de trapo y sin apenas aire en los pulmones, me pregunté cómo esa mujer me podía haber levantado con tanta facilidad. Yo también era alta —uno setenta—, pero al estar frente a ella me había sentido como una niña pequeña ante un matón en un patio de un colegio.

La mujer me miró desde arriba con la cabeza ladeada. Su pelo, rubio y fino, estaba pegado a su redondo rostro, y a juzgar por sus sonrojadas mejillas, no le había resultado tan fácil tirarme como había pensado en un primer momento.

—¿Estás loca? —exclamó Will en cuanto llegó a mi lado. Se agachó a mi altura y clavó sus feroces ojos negros en ella—. ¿Es que no te das cuenta de que podrías haberla matado?

Su voz, que solía ser relajada y suave como el terciopelo, era fría y dura como el hierro.

Garret se acercó hasta nosotros.

—¿Estás bien? ¿Puedes mover las piernas? —me preguntó con rostro preocupado.

El dolor que sentía era tan profundo que ni siquiera tenerlo a menos de un metro de distancia hizo que pudiera tragarme un gemido.

—Sí, puedo mover el cuerpo —respondí con los dientes apretados.

Intenté incorporarme cuando Will me frenó. Lo miré y alcé una ceja.

—¿Qué haces?

—Impedir que te levantes y te marees. Quédate así un momento.

—¡Y una leche! Yo me voy ya —gruñí avergonzada. Pensé en lo poco favorecida que se me debía de ver despatarrada en el suelo mientras Garret me miraba con preocupación.

—Bien, tú lo has querido.

Las palabras de Will fueron lo último que oí antes de que me levantara del suelo en sus brazos. De forma instintiva, me colgué de su cuello. Temía caerme al suelo una vez más y terminar por romperme algo.

Miré por encima del hombro de Will y me mordí el labio inferior.

Garret hablaba una vez más con la pelirroja mientras les pedía a los demás que recogieran sus cosas. La clase había finalizado.

No pude evitar sentirme algo decepcionada. Garret nunca me había mirado de la misma forma en que miraba a aquella guapa pelirroja, a pesar de que debía de tener mi edad: para él yo no era más que una mocosa que lo seguía desde que tenía uso de razón.

Lo contemplé con un anhelo y una tristeza evidentes hasta que Will me colocó en el asiento del copiloto de su coche. Había acudido con él a la clase de judo, y aunque mi intención había sido volverme con Garret, parecía que nada me estaba saliendo como había planeado.

No tires la toalla.

Will me puso el cinturón de seguridad sin despegar sus oscuros ojos de mí. Lo habría ignorado de no haber sido por la intensidad que desprendían. Tanto que me sonrojé.

—¿Qué?

Él suspiró, y en ese momento capté su aliento mentolado. Cerró la puerta y pasó por delante del coche para ocupar el asiento del piloto.

Su cuerpo, grande y esbelto, cubrió casi por completo el espacio que nos separaba.

—Deja de hacer eso —me ordenó él antes de arrancar el motor.

—¿El qué?

—Babear por Garret —respondió, y metió la primera marcha para salir del aparcamiento público—. ¿Cuándo te vas a dar cuenta de que no le gustas?

—¿Y a ti qué te importa? —estallé, y le di un golpe en el hombro—. Es cosa mía.

—Te conozco desde que llevabas pañales. No me gusta ver cómo te arrastras para que Garret te preste atención. ¿Eso es a lo que aspiras?

A pesar de saber que tenía razón, bajo ningún concepto pensaba admitirlo.

—¿Es que nunca te has enamorado? —le pregunté de sopetón, mosqueada. Al recolocarme en el asiento para girarme y poder mirarlo más de frente, sentí un punzante dolor en la cintura.

Will tuvo la desfachatez de reírse.

—¿Eso es lo que crees que te pasa? ¿Crees que estás enamorada? —bufó—. No tienes ni puñetera idea del amor.

Solté una risa que sonó un poco histérica.

—¡Y eso lo dices tú!

—¿A qué te refieres con eso?

—A que nunca has mantenido una relación duradera —apunté.

—¡Claro que sí!

—No cuenta que te hayas acostado con la misma mujer durante dos semanas. Sigue siendo un rollo.

La sensual boca de Will se curvó en una devastadora sonrisa.

—Eres mala —susurró con voz ronca.

Que fuera uno de los mejores amigos de mi hermano, Stephen, hacía que conociese casi toda su vida amorosa. No era que a Will le diesen miedo las relaciones serias, sino que más bien no terminaba por engancharse a las mujeres con las que salía. Había tenido citas con auténticas bellezas, pero ninguna había conseguido que asentara la cabeza.

Comprendía que las mujeres lo encontraran irresistible. De verdad que lo entendía.

Tenía el pelo, negro y corto, peinado hacia atrás, y ese peinado exponía los exquisitos rasgos de su rostro. Unos rasgados y feroces

ojos negros añadían masculinidad al resto de sus facciones. Nariz recta, labios bien formados, pómulos altos... Will había heredado un combo explosivo por parte de sus padres. Era genéticamente perfecto, y el hecho de que pasara todos los días un par de horas en el gimnasio no hacía más que perfilar y fortalecer su ya de por sí poderoso cuerpo.

Le eché un rápido vistazo. Aquel día llevaba una sudadera gris y un pantalón de deporte negro que le sentaban de maravilla.

—¿No tienes ningún caso que resolver en Nueva York?

—¿Ya quieres perderme de vista? —preguntó divertido. Sus manos acariciaban el volante con ternura, pero con firmeza. Encontré aquellos movimientos extrañamente hechizantes—. Cuando me ofrecí a traerte parecías contenta.

—Hasta que te ha dado por actuar como mi niñera. ¿Por qué no me dejas en paz? Nunca te ha importado con quién salga.

—Eso es mentira. —Apenas lo oí, pues lo musitó entre dientes, como si le costara admitirlo. Luego se aclaró la garganta—. Porque te mereces a alguien mejor que Garret —expresó con sinceridad. Lo dijo con tanta sencillez que tardé unos segundos en procesar sus palabras. Él, al percatarse de mi silencio, se encogió de hombros—. Es la verdad.

No supe qué decir, y preferí quedarme callada. Supuse que, al habernos criado prácticamente juntos, me tenía el suficiente aprecio como para que no le gustara verme ir detrás de un hombre que pasaba de mí. Sin embargo, estaba segura de que Garret me ignoraba porque me veía como la hermana pequeña de su amigo. Yo necesitaba desprenderme de aquella imagen y hacerle ver que era una mujer adulta.

Lo malo era que no estaba resultando nada fácil.

—Te voy a dar un consejo.

—No —dije con rotundidad.

—Sí, y vas a escucharme.

—¡Deja de utilizar ese tono de autoridad! —le pedí con angustia—. ¡Dios! Es horrible que todo el mundo en este condenado pueblo me trate solo como a la hermana pequeña de Stephen. ¡Soy adulta! Tengo derecho a equivocarme y a tomar mis propias decisiones.

—¿Aunque eso suponga ir detrás de alguien a quien no le importas?

—¿Y a ti qué más te da? —espeté, enfadada porque no abandonara aquel tema de conversación.

No me apetecía en absoluto escucharle decir lo que todo el mundo decía sobre mí: que estaba colada por Garret y que este no quería nada conmigo. ¿Por qué no me dejaban en paz? Todos se habían metido en líos, y no veía que estuviesen tan pendientes de ellos como lo estaban de mí.

—Porque me importas, Abbey.

—Pues entonces dime cómo puedo acercarme a Garret.

—Ni en broma —musitó con hastío—. Prefiero que antes me corten la mano.

Siguiendo un impulso infantil, con mi dedo índice le di un golpe en la muñeca.

—Listo. Cortada.

Will paró en un semáforo en rojo y me miró con una sonrisa.

No pude evitar reírme.

—Mantente alejada de Garret —insistió para mi mala suerte.

Puse los ojos en blanco.

—¿No se supone que es tu amigo?

—Sí —admitió él antes de aparcar justo delante de mi casa. Apagó el motor y suspiró—. Lo es.

Su voz sonó algo triste, o eso me pareció en ese momento. Me echó un rápido vistazo antes de salir del coche y abrirme la puerta.

—¿Puedes salir tú sola? Quiero comprobar que puedes moverte.

—Claro que puedo. Solo me duelen la espalda, el trasero y... la dignidad.

Will sacudió la cabeza. Sus ojos oscuros brillaron.

—Puedo darte un masaje.

Salí del coche con lentitud y me estiré una vez estuve fuera. Una corriente fría de aire heló mis pulmones.

—No, gracias. Me voy a dar una ducha.

Dejé a Will detrás mientras observaba la ostentosa decoración navideña de mi casa. Era la única de la calle que tenía tantas luces y figuras. Mis padres amaban la navidad, y cada año compraban algo nuevo. Según ellos, era la forma de unir lo viejo con lo nuevo. Lo que a mí me preocupaba era el día en el que no les cupiese nada más. Eran tanto el esfuerzo y tantas las horas que dedicaban para decorar la casa y el jardín que comenzaban el 1 de diciembre.

Muchas personas se pasaban para hacerse fotos con los renos que había en el jardín. Sobre todo de noche, cuando la decoración

iluminaba la casa como si de una estrella fugaz se tratase. A mis padres les encantaba cuando los paraban por la calle para felicitarles por la decoración.

Me palpé los bolsillos traseros del pantalón de chándal para buscar las llaves cuando me di cuenta de que me había olvidado la mochila en el coche de Will.

Giré sobre mis pies y vi a Will, que estaba apoyado en el coche y con los brazos cruzados sobre el ancho pecho.

—¿Se te olvida algo? —preguntó lo suficiente fuerte como para que me enterase.

Volví hasta él con cierta desgana y me paré justo enfrente.

—¿Me devuelves mi mochila?

—¿Qué me darás a cambio? —quiso saber, divertido.

—¿Qué te parece las gracias? —sugerí antes de estirarme para meter la mano por la ventanilla abierta y agarrar del asa la mochila negra.

Estaba tan cerca de Will que pude oler su fragancia masculina y fresca. Mi cuerpo apenas estaba a unos centímetros del suyo, y cuando alcé la cabeza, pude distinguir las diferentes tonalidades castañas de sus ojos. Era como un mar de hojas otoñales bañadas por la luz del sol. Desprendía calidez y seguridad, como un puerto donde refugiarse. Pero también había algo más. Algo peligroso y hambriento que hizo que me sonrojara.

¿Soy yo o aquí pasa algo?

—Darme las gracias no es suficiente.

No supe qué decir ni cómo actuar. Sentía que estábamos jugando en otra liga, que sus comentarios bromistas habían adquirido un tono más adulto e íntimo. Sin embargo, supe que serían imaginaciones mías. Will nunca se fijaría en una mujer como yo. Las chicas con las que había salido eran mucho más delgadas, con rostros de modelo de pasarela, y elegantes.

Yo distaba bastante de parecerme a ellas.

Lo mismo me pasaba con Garret. No me parecía en absoluto al tipo de mujer con el que él salía.

Me humedecí los labios y retrocedí un paso.

—Nos vemos. Gracias por traerme —dije antes de darme la vuelta.

—Hasta mañana —fue su escueta despedida.

No respondí a sus palabras y saqué las llaves del bolsillo pequeño de la mochila. En cuanto encajé la llave correspondiente y di una

vuelta a la cerradura, el calor del hogar me recibió. La chimenea estaba puesta, y escuchaba la voz de mi hermano hablando con mi madre en la cocina.

Le eché un último vistazo a Will por encima del hombro, pero ya no estaba. Se había marchado.